

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón

Milán, 22 junio 2016

*Texto de referencia: J. Carrón, «Introducción», en «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada», supl. de Huellas-Litterae communionis, junio 2016, pp. 4-19.*

- *L'illogica allegria*
- *Canzone del melograno*

*Gloria*

Empezamos nuestra última Escuela de comunidad antes de la pausa estival retomando de nuevo la Introducción de los Ejercicios de la Fraternidad. Un punto muy crucial, que ha suscitado mucho interés, es lo que dice Benedicto XVI sobre la justificación de Dios ante nosotros y sobre su estilo discreto. Me pregunto cuántos de nosotros hemos captado alguna sugerencia para profundizar en este tema al escuchar las canciones que hemos cantado al principio. Porque la forma en la que Dios se justifica puede ser «algo casi insignificante», «un pequeño destello / algo ya vivido / un paisaje, qué sé yo». ¿En qué se ve esto? En que «estoy bien [es algo tan correspondiente que, cuando lo percibo, estoy bien] / precisamente ahora, precisamente aquí» (*L'illogica allegria*, letra A. Luporini, música G. Gaber). Entonces, la cuestión es: a lo largo de este mes, ¿en cuántas ocasiones hemos percibido esta justificación de Dios en «algo casi insignificante» que nos ha sucedido? Este reconocimiento, ¿cuándo nos ha hecho descubrir una correspondencia? Lo mismo se puede decir con respecto a la segunda canción: «La casa a la que puedo volver». ¿Qué ha pensado cada uno de vosotros al escuchar esta frase? ¿Dónde me siento como en casa? ¿A dónde quiero volver? Una «casa» a la que quiero volver es una «casa» que corresponde, es una «casa» generada por Otro, donde Dios se justifica de forma tan discreta que casi no nos damos cuenta. Para encontrar esta casa es suficiente con «seguir el rayo de luz y la luz te llevará / donde la duda se convierte en pregunta y renace el corazón / [porque] en el jardín te espera Dios» (*Canzone del melograno*, letra y música C. Chieffo). ¡Cómo cambiaría la vida si nos habituásemos a sorprender el estilo discreto de Dios en todo lo que sucede! Es necesario que nos eduquemos en una vida distinta.

*Quería leerte la carta que me ha escrito una amiga: «Por fin me he puesto a leer la Escuela de comunidad. Solo esto ya ha supuesto para mí un paso adelante, no porque alguien me lo haya impuesto o porque alguien me haya soltado el típico discurso del movimiento de que hay que leerla, sino porque lo necesitaba. “Pecadores, es decir, necesitados”. He pasado un fin de semana con una gran tristeza dentro, mi tristeza habitual, la que me caracteriza, en la que nada me basta, en la que no percibo respuesta a ese deseo de felicidad, una tristeza que me impide vislumbrar ese ciento por uno aquí, en la que todo me parece acabado y todo, por tanto, choca con mi deseo de infinito, de un “para siempre”, esta tristeza habitual mía que me hace sentirme sola aunque esté rodeada de amigos. Pues bien, este fin de semana todo esto se ha hecho todavía más evidente, y entonces ha surgido el grito, la petición, como dice la Escuela*

*de comunidad. He abierto los Ejercicios diciendo: quién sabe si podré encontrar aquí una hipótesis, un punto desde el que poder partir para mirarme de forma distinta y ser feliz. Y ha sucedido. Me he puesto a leer las primeras páginas del cuadernillo, y esto es lo que me ha pasado: por un lado, Carrón me ha consolado, es decir, me he sentido comprendida y acogida; después de tanto tiempo no me he mirado como si estuviera equivocada, más aún, he entendido mejor cómo estoy hecha. Por otro, me siento siempre como engañada en el fondo, y apesadumbrada por mi tristeza y mi deseo inagotable de felicidad, un deseo nunca saciado. Lo que vivieron los discípulos también lo he vivido yo. Yo me encontré con Jesús estando de misión en América Central. Viví con Él, vi hechos y escuché palabras, me sentí abrazada y conquistada por Él. Y pensaba que esto era suficiente. En cambio, años después de haber vuelto, todo esto ha resultado no ser suficiente para responder a mi necesidad presente. El recuerdo de un pasado, por muy fascinante que sea, no basta para afrontar el momento presente, no basta para vencer la soledad, el miedo y la desilusión. Por eso me doy cuenta de que necesito de Él ahora, de que necesito vivir cada instante una plenitud que llene mi corazón hambriento. Pero esto no siempre es posible, o más bien, no me sucede en cada momento, no siempre se me da vivir y reconocer a Cristo a lo largo de la jornada. Esa promesa del ciento por uno aquí, ¿es posible de verdad para mí cada día? Porque este ciento por uno no me parece concreto, cotidiano. Hay instantes, momentos del día que se desvanecen y te dejan peor que antes, todavía con más hambre, con una necesidad mayor, con más... Pero, ¿qué es esto? ¿Es una tomadura de pelo? ¿Es una condena? Yo sé que en el movimiento esto es algo milagroso, que mi tristeza es lo que me hace buscar a Cristo cada vez más. Pero no puedo seguir así. Necesito respirar. Necesito ser feliz. No puedo dejar de buscar, de pedir, de desear algo más que nunca es suficiente. Me pesa sentir así el drama de la vida. Esta tristeza y este vacío que se me dan para acordarme de Aquel que puede llenar la vida me están matando. ¿Puedes ayudarme a mirar la tristeza? ¿Me puedes ayudar a entender cómo puedo convivir con esas exigencias profundas, inextirpables del corazón del hombre, esas exigencias que, a pesar de sí mismo, le persiguen mediante una inquietud incurable después de cada conquista? Sí, yo tengo la posición que describe Carrón: quisiera que Dios se justificase conmigo. ¿Por qué me ha hecho así? ¿Por qué me ha dado esta tristeza que me pesa tanto? ¿Cómo salir de esta posición que me paraliza, que me bloquea en mis pensamientos y hace sufrir a Jesús? Un abrazo».*

Cuando estuve en España para dar los Ejercicios de la Fraternidad, una chica intervino en la asamblea contando que había encontrado el movimiento hacía cinco años, después de estar buscando durante veintisiete años. Y se preguntaba: «¿Dónde estaba Dios en aquellos veintisiete años?». Podríamos traducirlo así: ¿cómo se había justificado Dios en esos veintisiete años? Yo le respondí: «Estaba ahí, dentro de ti, te empujaba para que le buscaras». Nosotros damos por descontado que es esta tristeza lo que nos empuja constantemente a buscarle: «Mi tristeza es lo que me hace buscar a Cristo cada vez más». El modo con el que Dios se justifica muchas veces, con el que nos atrae hacia Él, es justamente esa tristeza, es justamente la experiencia de lo que nos falta. Porque no es suficiente con que haya sucedido en el pasado, como dice nuestra amiga: «El recuerdo del pasado, por muy fascinante que sea, no basta» para vivir el presente. Pero, ¿hay algo

que nos empuje más a buscarle que esa ausencia, esa tristeza? Ayudémonos a comprender lo que ya había comprendido María Magdalena –cuya «memoria» acaba de elevar el papa Francisco a gran «fiesta» litúrgica–: «En mi lecho, por la noche, buscaba el amor de mi alma [...]. “¿Habéis visto al amor de mi alma?”» (Ct 3,1-3). ¿Por qué lo buscaba? ¿Por qué lo buscaba María Magdalena? Porque cualquier otra cosa no le bastaba. Pero no vivía esto como una desgracia, sino que, por el contrario, lo percibía como el don más grande que Cristo le hacía para despertar constantemente en ella el deseo de buscarle día y noche. Si no entendemos esto, nos percibimos como si estuviéramos equivocados. En cambio, cuando dejamos entrar esa mirada nueva de la que hemos hablado en los Ejercicios, como dice la carta, nada más empezar a leer el cuadernillo, «me he sentido comprendida y acogida; después de tanto tiempo no me he mirado como si estuviera equivocada». Uno empieza a tener un juicio distinto sobre sí mismo, una mirada distinta sobre sí mismo. Pero esto decae con el tiempo: «Pensaba que esto era suficiente»; este es nuestro problema. Como si lo que le había pasado en América fuese suficiente, como si ya no tuviese necesidad de buscarle de nuevo. ¿Qué sería la vida, después de haber vivido lo que había vivido allí, si no volviera a buscarle? Como veis, nos cuesta mucho comprender esto. Dios se justifica reclamándonos constantemente.

*En una diaconía con los universitarios planteabas insistentemente la pregunta: «¿Dónde Le habéis visto?»; lo preguntabas una y otra vez, insatisfecho con las distintas respuestas que daban.*

Para comprender el contexto: había intervenido una estudiante de enfermería que había tenido que afrontar situaciones verdaderamente duras en sus prácticas en el hospital, y ante el sufrimiento que veía se preguntaba: «¿Dónde estás Tú?». Ese fue el punto de partida de la diaconía de aquel día. Y cada respuesta –como has dicho– era insuficiente para responder verdaderamente a esa pregunta.

*Yo estaba presente en esa diaconía, y me decía a mí mismo: ¡Menuda pregunta! Yo tengo muchos sufrimientos, tengo muchas cosas en la cabeza, ¿dónde veo a Cristo? ¿Lo veo pintado en una iglesia o dónde? Estaba cada vez más enfadado. Pero después pasaron dos cosas. Una es que un amigo mío me llamó y me contó un hecho que le había sucedido. Estaba volviendo en tren a su casa cuando un inmigrante se sentó junto a él. Se pusieron a hablar, se conocieron un poco más, y en la conversación este inmigrante se abrió un montón y se conmovió. Siguieron así hasta que mi amigo le invitó a cenar. Me decía con mucha sencillez: «He visto a Cristo en mi modo de actuar, porque yo por mí mismo nunca habría hecho esto; no soy uno que vaya por los trenes buscando a gente extracomunitaria, paso de ellos. Y sin embargo, verme actuar así... He podido mirarle de esa forma únicamente porque yo he sido mirado así primero». El hecho de que fuese un amigo mío del que me fío, con el que he crecido, que sé que no necesita inventarse las cosas, ha hecho de él un testigo muy creíble, y no podía reducir lo que había pasado diciéndome: claro, este tío es un visionario como los demás, un extravagante, no le hagas caso. Esto me dejó revuelto por dentro. El segundo hecho es que algunos días después irrumpió un gran dolor en mi vida: mi novia, con la que estaba desde hacía años, ha decidido dejarme. Después de esto ha explotado en mí un*

*deseo de ser feliz, de que todo marchase por un camino bueno y fuese para hacer un camino bueno; un deseo de no estar solo, de poder amarla gratuitamente, de no perder el tiempo, un deseo de ser feliz dentro de esta situación. Me decía: jopé, yo sigo a Jesús únicamente por una plenitud, por una alegría dentro del dolor, si no es así, me importa un comino la pregunta: «¿Dónde Le has visto?». Y entonces se ha vuelto a abrir la pregunta de la diaconía, al final de la cual tú decías: «Lo que falta no son tanto las ocasiones en las que Él se muestra, lo que falta es nuestro sentido religioso». Creo que es verdad. Pero quería pedirte que explicaras esto un poco mejor, que me sugirieses una indicación para trabajar, porque me doy cuenta de que si no respondo a esta pregunta no puedo vivir.*

¿Por qué te impresionó tu amigo cuando dijo: «He visto a Cristo en mi modo de actuar?». ¿Qué tiene que ver Cristo con esa actuación?

*Mi amigo me decía: «Retomé enseguida los apuntes de la diaconía, porque no quería perderme la verdad de lo que me había pasado. ¿Dónde Le he visto? En el hecho de que un desconocido se haya conmovido al conocerme». Entonces se paró y se corrigió: «No, antes que eso, en el hecho de que haya podido mirarle así. Yo solo pude mirarle así porque he sido mirado así por una compañía cristiana».*

¿Lo ves? «He podido mirarle así». No es suficiente con que sucedan los hechos delante de nosotros, no basta con que alguien se encuentre delante «algo casi insignificante / quizá un pequeño resplandor / algo ya vivido / un paisaje», no basta con estar para que uno se sorprenda estando bien. Es necesario que lo reconozca. No basta con tener una «casa», es necesario que uno lo reconozca. «Pero, ¿no Me reconoces?». Lo más bonito de lo que dice tu amigo es que por lo distinto de su actuación empieza a darse cuenta – también darse cuenta sucede por gracia– de que Cristo está presente. Es como cuando María Magdalena se ve alcanzada por ese «¡María!» de Jesús; toda su humanidad se ve exaltada y puede reconocerle, le resulta más fácil reconocerle por ese «¡María!». ¿De dónde se puede partir nuevamente? De ese gesto, de un signo de la realidad, «un pequeño resplandor», una «casa», un lugar, una relación por la que la explicación última de esa novedad no puede reducirse a una interpretación mía o a algo generado por mi esfuerzo: es Cristo quien se manifiesta ante nuestros ojos. La cuestión es que nos eduquemos cada vez más en una familiaridad, para poder interceptar en la realidad, en todo lo que sucede, en todos los hechos, la respuesta a la pregunta: «¿Dónde estás?».

*El fin de semana del 11-12 de junio fui a la peregrinación de Macerata a Loreto, y fue algo precioso. No soy la típica chica deportista, y me cuesta mucho caminar, sobre todo si se trata de hacerlo durante nueve horas seguidas. Por eso me cansé mucho, pero mientras caminaba tenía continuamente en la cabeza el hecho de que no era una vagabunda, de que no caminaba por hacer ejercicio, sino que la meta estaba y está clara: estábamos yendo a ver a la Virgen, que nos esperaba. Creo que nunca antes había intuitido qué quiere decir esperar al Señor día y noche. Para mí esa noche, seguramente ayudada por la forma en sí de la peregrinación, fue evidente que yo no esperaba otra cosa sino a Él, hasta el punto de que cuando llegué por fin me conmoví como no me pasaba desde hacía tiempo. La semana siguiente fue evidente la diferencia. Puedo decir que es un periodo en el que todo está yendo bastante bien: estoy*

*aprobando los exámenes, con los amigos va todo bien, con la familia también; en resumen, todo dentro de la norma. Pero nada más volver, percibí esta normalidad como demasiado poco. En la peregrinación estaba tan llena, tan agradecida... En resumen, fue algo tan grande que todo lo demás, inevitablemente, se mostró como demasiado poco. En los días posteriores me di cuenta de que de forma inmediata mi espera se había dirigido ya hacia otra cosa. Hacía bien lo que tenía que hacer, pero no le esperaba día y noche. Y esto me ha impresionado de verdad, porque la realidad no ha cambiado, las cosas que tengo ante mí estos días son las mismas que tenía delante antes de ir a Macerata, pero ya no me bastan. Mi apatía, que a veces me domina, mi perseguir siempre otra cosa ya no me basta. Esto resulta doloroso, porque cuando ves algo bonito te gustaría que siempre fuese así, en cada momento. Y yo deseo sinceramente esperarle día y noche, pero me doy cuenta de que no es suficiente. No es suficiente con reconocer que mi espera se ha desviado, como no basta solo con que yo desee cambiar de postura. Esto me está bloqueando un poco últimamente, y esto me disgusta porque veo que en lugar de transformarse en una petición que me abre, es algo que me cierra. Entiendo que es una postura que debo recuperar cada mañana, no basta con que suceda una vez; me doy cuenta de que falta un paso por mi parte para que el hecho de buscarle día y noche se convierta en un habitus, pero no sé cuál, no sé cómo desencallar de estos pensamientos que me sepultan.*

¿Qué has aprendido de esto, amiga? ¿Qué has sorprendido en ti? ¿Qué queda en ti de esta experiencia que no existía antes de la peregrinación de Macerata a Loreto?

*Seguramente el deseo...*

Lo has dicho, no tienes que inventarte nada.

*El deseo de poder esperarle día y noche, como me ha sucedido en la peregrinación.*

¡Este deseo no es un error! Es el modo con el que el Misterio genera tu yo. «La realidad no ha cambiado, las cosas que tengo ante mí estos días son las mismas que tenía delante antes de ir a Macerata, pero ya no me bastan». El modo con el que nos educa el Misterio, con el que despierta en nosotros el sentido religioso, amigos, es este. ¿Por qué? Porque en un momento dado las cosas habituales dejan de bastarnos. Entonces uno empieza de este modo a sentir un dolor porque le falta algo, pero se da cuenta de que ni siquiera esto es capaz de despertarle a la vida de forma mecánica. Tú, además de esto, has aprendido otra cosa: que una posición como esta hay que recuperarla cada mañana. Nosotros tenemos siempre esta imagen: me he encontrado con Cristo en América y esto me basta, he ido a la peregrinación de Macerata a Loreto y esto me basta. No. No es suficiente. Hace falta recuperar esta actitud cada mañana. ¿Cuántas veces has tenido que recuperarla durante las nueve horas de camino? Muchas. La vida es este camino, amigos. ¡La vida es este camino! Entonces no tenemos que fustigarnos y reprocharnos, hay que volver a empezar, es necesario recuperar la posición porque solo de este modo se convierte en *habitus*, es decir, en la forma normal de decir “yo” delante de la realidad.

*El encuentro con el CLU ha supuesto la salvación para mí, porque esta compañía me hace preguntarme por cada cosa que sucede...*

Entonces, para empezar, ¿qué es lo que te ayuda a preguntarte por todo, es decir, a partir de nuevo constantemente?

*Siempre nos preguntamos por lo que sucede durante el día, no nos dejamos “en paz”; me veo obligada a dar un juicio sobre todo lo que me sucede, y a partir de ese juicio puedo volver a empezar en los momentos más difíciles. Y estoy locamente agradecida por ello porque, si fuese por mí, a veces dejaría pasar la vida de forma pasiva.*

¡Atención! Nosotros creemos que esto sucede “por defecto”. Pero no es así, no es en absoluto algo automático. Si no la recuperaras constantemente, dejarías «pasar la vida de forma pasiva».

*En cambio, gracias a este encuentro soy protagonista de ella y no deseo nada que sea menos que esto. Esta compañía es para mí una compañía que me lleva a Cristo; confiando en esta compañía, el mes pasado empecé las prácticas en el hospital. El primer día un amigo muy querido me había dicho: «Recuerda que estás ahí no solo para aprender, sino para llevar también ahí quién eres y lo que has encontrado». Me parecía que era una frase obvia, pero luego, al salir de las prácticas, me di cuenta de que no era tan obvia, porque todo el día había estado pendiente únicamente de mirar lo que hacían los enfermeros, tratando de aprender, pero sin mirar a la cara a las personas que tenía delante. Al día siguiente volví con esto en la cabeza y fue completamente distinto. Me habían asignado a una enfermera, y en el servicio había la típica paciente a la que detestan todos los enfermeros, porque toca el timbre para cualquier cosa: para que le den agua, para colocar la almohada, etc., y entonces siempre iba yo a responder al timbre. Y cada vez que volvía donde estaba mi enfermera, le contaba todo lo que sucedía con la paciente. Desde que me había dado algunas recetas de cocina a que, al hacerle compañía durante el desayuno, había repetido de todo, a pesar de que al principio decía que no tenía hambre. Al llegar la hora de comer, fui a dar la comida a esa paciente pero, al entrar en la habitación, vi que ya estaba mi enfermera haciéndolo, y entonces me fui. Poco después vino la enfermera y me dijo: «Quería decirte que antes de hoy solo había dado de comer a mi hijo, a nadie más». Se me llenaron los ojos de lágrimas: había sido suficiente que yo estuviera allí presente con el corazón y que mirase a aquella paciente por su necesidad de afecto y de compañía, que se escondía detrás de su insistencia con el timbre, para que también la enfermera cambiara su forma de mirarla. Al terminar el turno acompañé a casa a la compañera de curso que hace las prácticas conmigo. Dudaba mucho si contarle o no lo que había sucedido, pensando que no lo entendería. Pero dejé de plantearme esos problemas y se lo conté todo. Al terminar me dice: «¡Ostras, qué cosa más impresionante me estás contando! Se me pone la carne de gallina». Su respuesta era completamente inesperada. Entonces llegamos a su casa y todo terminó ahí. Pero algunos días más tarde, siempre al terminar el turno, le dije que le podía acompañar otra vez porque tenía que ir al centro. Me preguntó por qué tenía que ir al centro, y después de insistirme, le conté que iba a misa con mis amigos. Ante mi asombro, ella me dijo que quería venir conmigo. Al final de la misa su cara estaba llena de asombro: «No creía que fuese posible que un martes por la tarde doscientos jóvenes fuesen a misa. He estado todo el rato con la boca abierta». Entonces empecé a contarle qué era para mí el CLU, tratando de llegar a la raíz y diciéndole también: «O somos doscientos*

*idiotas o bien hay algo verdadero y sólido en la base de todo esto». En un momento dado llegó una amiga mía y le preguntó por qué había venido a la misa, y ella respondió: «La he seguido a ella [señalándome a mí]. Desde el primer día de las prácticas tiene una sonrisa que no se le quita, da igual si las cosas que se le pide hacer son bonitas o feas. Me da envidia, y por eso la he seguido». Me conmoví muchísimo, porque siempre le pido al Señor poder dar testimonio de El en las cosas cotidianas que se me pide hacer, y siempre me acuerdo de la última frase de la misa: «Que la alegría del Señor sea vuestra fortaleza». Y por eso la sonrisa que tengo procede de que tengo claro por Quién hago las cosas y Quién me acompaña a la hora de hacerlas. Y a través de mi compañera me he dado cuenta de que soy espectadora de Su modo de mostrarse a los demás y estoy muy agradecida por ello.*

¿Veis la cadena de hechos? Es la compañía del CLU la que le hace preguntarse por las cosas constantemente, porque si fuese por ella viviría la vida de modo pasivo. En cambio, «esta compañía es para mí una compañía que me lleva a Cristo», es decir, es el modo con el que Cristo se justifica ante ella. ¡Esto no es nada obvio! Y cuando trabaja con la paciente a la que nadie quiere y le cuenta a su compañera lo que sucede, de este modo completamente discreto, la otra empieza a interactuar con la paciente a la que antes detestaba, por primera vez le da de comer, cosa que solo había hecho con su hijo. Y este asombro le hace contarle el episodio a una compañera de clase. Y luego, ante el asombro que produce en ella, cuando le pregunta a dónde va, ella le dice: «A misa». ¿Y qué hace su amiga? «Me da envidia, y por eso la he seguido». ¿Cómo se justifica constantemente ante nosotros el Misterio? Así, de forma sencilla, tal como nos lo ha contado nuestra amiga ahora. Y cuando la acción de Dios encuentra una sencillez de corazón en alguien –como en estas personas–, entonces uno entiende qué tipo de novedad entra en la vida y cómo todos se convierten en una cadena de testigos que cambian la vida de las personas con las que se encuentran. Gracias.

*Desde hace aproximadamente un año mis hijas y yo vamos a una peluquera que sigue otra religión. Fue ella misma la que me lo dijo durante uno de nuestros primeros encuentros en los que, hablando de la vida, yo le hablaba de Jesús y de cómo determinaba cada circunstancia del día. Eran conversaciones muy difíciles, ella estaba muy cerrada, y me repetía con frecuencia: «No conseguirás hacerme cambiar de idea». Yo le repetía que no era mi intención hacerle cambiar de idea, sino compartir simplemente con ella, que en ese momento estaba conmigo, un instante de mi vida, poniendo delante mi persona y lo que determina mi vida. Pero lo que más triste me dejaba era su cerrazón y el juicio negativo con respecto al resto del mundo, con respecto a todos los que no seguían su credo. Cada vez que iba a la peluquería me decía: esta vez voy a que me peine y me quedo calladita, porque no es posible una conversación serena y verdadera. Pero siempre sucedía algo que poco a poco nos iba haciendo conocernos mejor. Yo intuía que debía de tratarse de una persona muy herida y desilusionada de las personas que había conocido hasta ese momento, y había encontrado en la continua referencia a la Biblia, interpretada como una regla férrea que seguir, un refugio de las desilusiones de la gente y una forma de responder a su evidente deseo de verdad y de justicia. Hace algunos días mi hija mayor me contó que*

*había tenido una conversación muy profunda e intensa con ella, de la que se había quedado muy asombrada y al mismo tiempo muy contenta. En estos días mi hija está en la montaña con algunos bachilleres, y esta mañana, antes de ir a misa con sus hermanas, hemos leído sus mensajes, en los que resultaba evidente su alegría por ver que la relación con sus chavales se iba volviendo cada vez más profunda y verdadera. Estar delante de su necesidad con humildad y confianza en el Señor había permitido incluso que cambiasen las relaciones un poco tensas entre algunos de ellos. Nos decía que estaba asombrada por cómo el Misterio podía obrar a través de nuestro pequeño y frágil sí. Me ha conmovido ver suceder todo esto. Después de la misa tenía hora con la peluquera. Al entrar le he contado enseguida, todavía con lágrimas en los ojos, mi alegría por lo que el Señor puede realizar y por lo que le estaba sucediendo en ese momento a mi hija. Me ha mirado muy seria y me ha dicho: «Hablando el otro día con ella me di cuenta de que solo con vosotros me pasa que vivo lo que dice Jesús: “Donde dos están reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos”. Con vosotros experimento siempre esto: Su presencia entre nosotros». Le he dado un abrazo y hemos tenido quizá la primera conversación verdaderamente serena. Es evidente que en ella ya no prevalece el temor de ser juzgada o atacada, sino que se siente abrazada sin más. Entre otras cosas, le he dicho: «¿Lo ves? Tú, tu persona, está antes que lo que piensas o crees, y yo te quiero simplemente porque me has sido dada tal como eres». Esta tarde me ha llegado un mensaje suyo en el que me dice: «Te voy a hacer llorar otra vez, pero tengo que decirte que sois una familia espléndida». Me he acordado enseguida de tus palabras en la última Escuela de comunidad, que había releído justamente esta mañana: «Ningún tipo de discurso habría podido hacer mella en una convicción tan enraizada. Ha sido un hecho, una presencia que se ha desvelado con toda su complejidad, lo que le ha hecho cambiar de actitud. Cuando estamos disponibles a esto todo es posible para Dios: incluso vencer, una y otra vez, todo nuestro escepticismo». ¡Qué bonito es el método discreto que tiene Dios para atraernos a Él y hacernos suyos! ¡Ojalá podamos vivir siempre abandonados en sus brazos amorosos!*

Gracias. Cuando se empieza a discutir con esta persona solo se ve la cerrazón; plantear un juicio se convierte luego, según el método discreto de Dios, en la ocasión para ver este cambio.

*El Misterio me ha dado la posibilidad de comprender mejor en la experiencia un aspecto de nuestro camino. El sábado por la noche tenía la cena de clase con tercero de secundaria. Por la tarde, después de la reunión del grupo de profesores que formamos el tribunal de los exámenes, estaba cansado y también un poco desmoralizado. Necesitaba esa mirada que me permite vivir porque es correspondiente. No había tiempo de volver a casa para reponerme, y por eso llamé a unos amigos que viven cerca de mi escuela para ver si podía ir a su casa para respirar un rato, es decir, para tener un momento de silencio y mirar a la cara a Aquel que me mira así. Me quedé allí un rato y pude leer la Introducción de los Ejercicios. Poco a poco, una liberación y una mirada distinta empezaron a abrirse espacio en mí dentro del cansancio. El cansancio permanecía, pero por debajo una paz y una liberación habían empezado a abrirse espacio. Llegué a la cena de la clase con esta paz en el corazón. Mis amigos y*

compañeros y yo nos sentamos a la mesa con los padres, y nos encontramos ahí en medio de los padres hablando de cosas variadas. Uno, por ejemplo, me hablaba de su desilusión por la mala gestión de la emergencia de los inmigrantes (un tipo muy inteligente, pero también muy desilusionado, muy enfadado, que ve por todas partes una gran irresponsabilidad y que tiene poca esperanza). Otro, en cambio, nos contaba cómo había cambiado completamente su régimen alimenticio, y nos explicaba todo el recorrido que había hecho. Otro hablaba de su preocupación al ver crecer a su hija. Y aquí pude ver la diferencia con mi camino. Hace algún tiempo habría pensado que mi contribución, nuestra contribución consistiría en una capacidad de responder, de sugerir de forma dialéctica una palabra de esperanza, un juicio especialmente agudo o inteligente, o bien una formulación más profunda. En cambio, la otra noche me encontré, junto con mis compañeros y amigos, escuchando a esos padres lleno de estima y de conmoción por el hombre que vive en ellos. Esto no es ausencia de juicio, sino el prevalecer de una relación en el juicio, es decir, la relación con el Misterio que me da este momento, que me hace renacer en este instante. Y así me hacía estar presente en ese momento, ante aquellos hombres, con una tensión por ellos. Luego sucedió algo completamente inesperado y precioso: una madre se levantó, tomó una guitarra y nos propuso cantar. Nos pusimos a cantar con los chicos. Empezó así un momento de cantos realmente bonito, inesperado. Los chicos dijeron: «¿Por qué no hacemos los bailes que hacemos cuando vamos de excursión?». Entonces los padres, inesperadamente, se sumaron al baile, y mis compañeros y yo hicimos lo mismo. Allí estábamos, despojados de cualquier imagen, de cualquier poder, bailando y cantando en medio de los padres y de los chavales, llenos de alegría por lo que estaba sucediendo. ¿Y qué estaba sucediendo? Un acontecimiento excepcional, un acontecimiento correspondiente, el acontecimiento de Cristo, que se hacía presente ante nosotros y entre nosotros con toda su belleza. Esto nos liberó todavía más. Y me sorprendió que estuvieran ahí mirándonos, con una sonrisa llena de asombro en sus rostros, esos padres con los que habíamos conversado aquella noche. Me impresionaba en particular aquel padre pesimista que nos miraba lleno de gratitud, hasta el punto de que al final de la noche su “gracias” era un “gracias” nuevo, pleno. Y precisamente el padre más amargado me dio un abrazo lleno de calor y de agradecimiento. ¿Por qué estaban agradecidos estos padres? ¿Qué habían visto? Yo creo que estaban agradecidos por lo que había sucedido, un acontecimiento correspondiente, nuevo e inesperado que había sucedido allí, al que nuestra pobre disponibilidad había dicho que sí tal como es. Esto da esperanza, y me ayuda a comprender una afirmación de los Ejercicios de la página 12: «Para intervenir realmente en las dificultades del hombre, para responder al hombre concreto con su carga de fragilidad, la Iglesia –por tanto cada uno de nosotros– tiene ante todo la necesidad de experimentar el abrazo de la misericordia de Dios», ese abrazo que yo necesitaba y que experimenté en el silencio, al leer los Ejercicios, es decir, al convivir con esa mirada que me libera, que me hace de nuevo ser hombre, de modo que yo puedo comunicarlo a todos los hombres que me encuentro en mi camino, que puede llegar a todos a través de los Suyos, es decir, a través de la Iglesia, pobres como somos, de la compañía de los que reconocen a Cristo. Lo que más me impresiona es que esta contribución, esta intervención, no es una

*dialéctica, sino una presencia distinta, vibrante, viva, humana y disponible, gracias a la liberación que uno ha experimentado.*

¿De dónde podemos partir nuevamente? Podemos partir una y otra vez de un lugar, de una «casa» a la que uno puede volver, cualquiera que sea nuestra situación de cansancio, para recobrar el aliento, para retomar lo que nos decimos, para poder entrar en la realidad con este aliento nuevo, porque al entrar así, con el prevalecer de una relación en el juicio, esa noche muchas personas han vuelto a su casa distintas, cambiadas por una presencia distinta, no por una dialéctica. Este es el método. Este es el estilo discreto de Dios, que tenemos que volver a aprender una y otra vez para que los hombres con los que nos encontramos (que están así: desilusionados, preocupados, insatisfechos) puedan encontrar en nuestra mirada esa misericordia que nosotros hemos recibido.

Entonces el tiempo de vacaciones que se abre ahora ante nosotros es una ocasión preciosa que tenemos para sorprender episodios de este tipo, para conocer a personas distintas, nuevas, en los lugares a los que cada uno irá, y por tanto para verificar nuevamente si el método de Dios funciona de verdad, para verificar que Dios sigue justificándose delante de nosotros si nosotros aceptamos reconocerle con la sencillez que hemos visto testimoniada aquí esta noche, viendo el modo con el que la gente más sencilla sigue estos signos, estos destellos, que pueden ser algo «casi insignificante»; muchas de las cosas que hemos escuchado esta noche son casi insignificantes, ¡pero qué cambio introducen y qué bien representa este cambio para los demás, solo porque la misericordia de Dios sigue haciéndose presente! «¿Dónde estás?», nos preguntamos muchas veces. Es como si el Misterio nos dijese: «Pero, ¿no me ves? ¿No me reconoces?». El verano como tiempo libre, es decir, como el tiempo que cada uno organiza como quiere, es una ocasión preciosa para sorprender lo que sucede ante nuestros ojos; si no es así, en vez de volver a casa llenos de los hechos con los que Dios se justifica ante nosotros, volveremos a casa más desilusionados (porque estar de vacaciones en sí mismo no es suficiente, el descanso de las vacaciones no es suficiente para despertar la vida y llenarla de la belleza de la que hemos oído hablar esta noche). Por eso necesitamos la misericordia.

Escuela de comunidad. El trabajo de Escuela de comunidad sobre el texto de los Ejercicios de la Fraternidad seguirá también durante el verano: hasta finales de julio trabajaremos sobre la primera lección (páginas 21-43) y sobre la primera pregunta/respuesta de la asamblea (páginas 73-77), que tiene que ver con la lección. Desde agosto hasta finales de septiembre trabajaremos sobre la segunda lección y sobre las demás preguntas de la asamblea (páginas 50-72 y 77-90). Podremos verificar si también durante el verano, es decir, en el tiempo libre, tenemos nostalgia de Él. Como decía don Giussani, el tiempo libre es el tiempo más bonito, porque cada uno puede verificar qué es lo más querido. Si en las vacaciones, en el tiempo libre, no tenemos necesidad de buscar a Cristo día y noche, estaremos diciéndonos a nosotros mismos y a todos qué es lo que de verdad buscamos.

Vacaciones comunitarias. Para ayudarnos en este trabajo, para ayudarnos a tener esta atención, las vacaciones comunitarias tendrán como tema: «¿Cuándo hemos descubierto que necesitamos la misericordia para vivir?». Esta noche hemos escuchado muchos ejemplos de esto. La pregunta, repito, es para ayudarnos a estar atentos, a reconocer esto.

Libros para el verano:

- *Amoris laetitia*, la exhortación apostólica postsinodal del papa Francisco. Como decía hace algunos días al CLU, no afecta solo a los que ya están casados, sino también a los que tienen novio o novia y a todos nosotros, que estamos en relación con las personas. Es interesante para todos, porque nos relacionamos unos con otros.

- *GIOVENTÙ STUDENTESCA. Storia di un movimento cattolico dalla ricostruzione alla contestazione*, de Marta Busani, editorial Studium. El libro está disponible también en ebook.

- *Francesco e il sultano*, de Jeusset Gwenolé, Jaca Book. Es una investigación histórica muy documentada sobre este episodio de la vida de san Francisco, que se lee como una novela. Nos puede ayudar a comprender cuál es la forma con la que una presencia original como la de Francisco se situó ante el mundo islámico, el mismo que muchas veces nos encontramos en nuestro camino.

- *Perros perdidos sin collar*, de Gilbert Cesbron, Encuentro.

- *Los miserables*, de Víctor Hugo.

Os sugiero también la película *Les Misérables*, de Tom Hooper (USA-UK, 2012), DVD-Universal, que se puede ver y proponer en las vacaciones.

Para el CLU y GS, *Miguel Mañara*, de O.V. Miłosz, Encuentro, una obra sobre la misericordia.

Meeting de Rímini. Tendrá lugar del viernes 19 al jueves 25 de agosto de 2016. Os recuerdo la importancia de participar en él aunque sea un día.

Para celebrar el Jubileo de la Misericordia proponemos en cada región de Italia y en el mundo una peregrinación en la que se unan los adultos, los universitarios y los bachilleres. Las secretarías regionales del movimiento darán indicaciones sobre fecha y lugar en las que se realizarán las peregrinaciones regionales. Para Lombardía, tendrá lugar en Caravaggio el 1 de octubre. La peregrinación será la forma de empezar el curso 2016, y sustituirá a la habitual Jornada de apertura de curso.

Por último, creo que todos tenemos que dar las gracias a las personas que con su disponibilidad han permitido a los distintos grupos poder conectarse cada mes con la Escuela de comunidad. Son más de doscientos en toda Italia. Es un ejemplo sencillo de afecto al movimiento.

¡Buenas vacaciones a todos!

*Veni Sancte Spiritus*